

Cuando la maldición de un hijo es su padre

R. GARRIDO

LITERATURA La historia de la literatura está plagada de casos sobre las relaciones entre padres e hijos. Vínculos que tienen en sus extremos el amor incestuoso y el odio eterno. Entre estos polos, se sitúan infinidad de posibilidades. Nick Flynn explora una de ellas al ficcionar su propia existencia, una vida de película, aunque dudo de que algún productor en estos tiempos de buenismo y seamos política/jodidamente correctos osase llevar a la pantalla una patética, que no sentimentaloides, historia que arranca así: "Deseaba que mi padre hubiera muerto".

El autor nos cuenta, con la frialdad y el desapasionamiento dignos de un veterano forense, que la mejor forma de conocer a tu padre no es precisamente a los 27 años, borracho y en un albergue de indigentes, donde él trabajaba "para ver hasta dónde puedo asomarme al precipicio sin caer". Con este hecho como gozne sobre el que gira la novela, el autor construye, reconstruye y deconstruye la relación con su padre y la relación de éste con su madre, una mujer que arruina su vida el día que decide liarse con un "borracho, taleguero y paranoide".

Esa maldita presencia/ausencia marca el destino de la familia (que o bien se hunde en el abismo del alcohol y las drogas, preludio de una muerte, o bien se encierra en el autismo social) y el desarrollo de la narración. "Muchos padres desaparecen. Unos se van, a otros los dejan. Los hay que vuelven, desconocidos y hambrientos. Sólo el perro se acuerda de ellos". La novela es un himno a la anti-familia típicamente americana. Los consejos de la madre de Nick son del tenor de "no te fíes de quien no beba"; mientras su abuela le advierte: "Irás derecho al infierno". Así que no es extraño que el adolescente aspirase a ser delincuente, "pero sólo de delitos económicos, sin víctimas". Sin embargo, Flynn no destila odio, e incluso se percibe un atisbo de comprensión, que casi-casi frisa con el perdón. Aunque no llega a tanto. Esta no es, por fortuna, una historia de *happy end*. Así que absténganse los amigos del lagrimón fácil.

Otra noche de mierda en esta puta ciudad es la crónica de un viaje a la deriva y, en



NICK FLYNN. FOTO: ALISON GRANUCCI

última instancia, un acercamiento a los seres marginales y (auto)derrotados que pueblan la noche: vagabundos ocultos en cajeros automáticos, indigentes de parques embutidos en periódicos o sin techo yacientes frente al aire acondicionado de unos grandes almacenes. Es el planeta de los invisibles. Esta novela, un pastiche de estilos, tiene altibajos, es irregular y en ocasiones confusa. Sin embargo, también atesora momentos de talento: "En Boston los bares cierran a la una. La siguiente oleada de noctámbulos, más sociable que la anterior, aunque medio dormilada y ya de vuelta a casa, se cuele en tropel. Unos vienen con mal rollo, otros afloran unos dólares. Si están un poco tontos, a veces tratan de entablar conversación, se sientan en el suelo al lado de alguno, le ofrecen algo de beber, quieren saber su nombre.

'OTRA NOCHE' ES LA CRÓNICA DE UN VIAJE A LA DERIVA Y, EN ÚLTIMA INSTANCIA, UN ACERCAMIENTO A LOS SERES MARGINALES Y (AUTO)DERROTADOS QUE PUEBLAN LA NOCHE

Pareces un tío normal, ¿cómo has acabado aquí? ¿Dónde?, pregunta mi padre".

Y en el trasfondo, la literatura como tabla salvadora; "la palabra como redención" de la cárcel de la vida. Jonathan, pendenciero hasta los tuétanos, sueña con ser un gran escritor y hollar la tierra de los inmortales. Obsesionado, mente y se engaña con la idea de una grandísima obra (de título variable: *El hombre del botón*, *Las aventuras de Christopher Cobb...*) que conmoverá los más sólidos cimientos literarios, revolucionará el mundo de las letras y le propulsará al Olimpo de los más grandes. Nick Flynn se desespera en busca de ese milagroso libro, una obra que al final aparece, pero de la forma más insospechada aunque también evidente.

Nick Flynn:

Otra noche de mierda en esta puta ciudad
Anagrama, 312 páginas, 19 €

El aroma de las flores artificiales

MANUEL ARRANZ

LITERATURA Preciosa novela, hay que reconocer, esta de Valérie Mréjen. No estoy seguro de que pudiera haberla escrito un hombre. Sí, ya sé que hay quien dice que la literatura no tiene sexo, pero yo no me lo creo. No me imagino a una mujer escribiendo como Hemingway, ni desde luego a Hemingway escribiendo una novela como ésta. Y que conste que no estoy hablando de sensibilidad. Aunque también. Pero puedo estar equivocado, claro.

Cuando se escribe, tan importante es lo que se cuenta como lo que no se cuenta. Y por supuesto la forma, la entonación, el momento. No, no estoy hablando de estilo, o al menos no sólo de estilo, estoy hablando de la novela, cuya función, si es que tiene alguna, cosa cada vez más dudosa, no se limita a recrear un mundo, una época, o una vida, aunque no tenga más remedio que hablar de ese

mundo, esa época y esa vida. En el caso de *Mi abuelo*, esa época es la de las personas que hoy empiezan a ser abuelos, mira por dónde, cuya clave no está sólo en el mayo del 68, la generación *beat*, o la caída del muro de Berlín, ni siquiera de la música de los Beatles o la moda pop, sino en cosas más tangibles y materiales como el formica, el skay, las caravanas, las flores artificiales, el spray, los Bic, los restaurantes chinos, la enciclopedia de la vida sexual, las batas de boatín, y dejo que usted continúe con la lista, seguro que acierta, no se olvide de las galerías comerciales. Pero hay más, mucho más. Una época no sólo se distingue por su parafernalia doméstica. Está también el lenguaje, los lugares comunes con que hombres y mujeres se identifican y se reconocen entre sí.

Esa filosofía de andar por casa, en zapatillas por descontado, el chándal no es obligatorio, sólo aconsejable: "Mi paciencia tiene un límite; por mí que no quede; en el país de los ciegos el tuerto es el rey; nada es grave, sólo la muerte"; y aquí también dejo que usted continúe completando la lista. La verdad es que no sé por qué lo he llamado filosofía, pues los lugares comunes son casi una religión, posiblemente la religión con más fieles en el mundo. Y luego están las mujeres y los hombres que viven rodeados de todo eso, que pronuncian esas frases que son como sentencias, que se casan, tienen hijos, se divorcian, y se vuel-

ven a casar, todo con mucha celebración de por medio, no es para menos. Y entonces a uno de esos hijos, una hija para ser exactos, le da por recordar todo aquello, y escribe una novela. No juzga ni acusa a nadie, tampoco ironiza sobre el pasado, el juicio y la ironía, si los hay, pertenecen a la historia, y esto es una novela, que es algo bastante más verídico que la historia que está continuamente reescribiéndose. Simplemente habla de su familia, una familia normal y corriente, de esas que sus miembros hablan poco entre sí y cuando hablan no se escuchan, de esas que se casan y se divorcian y se vuelven a casar, y dicen de cuando en cuando que "nada es grave, sólo la muerte", de lo más normal ya les digo. Recuerda sus frases que entonces no comprendía, las frases de los adultos son muchas veces enigmáticas incluso para ellos mismos (yo tampoco entendía que estuviera prohibido fijarse en los carteles, ¿para qué los ponían entonces?), sus manías, sus deseos, sus frustraciones, sus sueños, y consigue un hermoso libro, un hermosísimo y original libro, y un libro sin resentimiento, cosa poco habitual en el género. Yo creo que hasta podría considerarse como un homenaje indirecto y conmovedor a su familia, y a través de ella, a toda una época. Por cierto muy bien traducido. No se lo pierdan. Ah, y no importa que no sean abuelos. También les gustará.

Valérie Mréjen: *Mi abuelo*

Periférica, Traducción de Sonia Ortega, 96 páginas, 11 €



Embat

Pedagogia i Psicologia

Pge. Papa Joan XXIII, 5-E • Geranis Centre
Tél. 971 71 33 50 • Fax 971 21 36 41 • 07002 Palma de Mallorca • embat@atlas-iap.es